

**P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.**

**BEATA ANA MARÍA TAIGI  
PATRONA DE LAS MADRES DE FAMILIA**

**S. MILLÁN – 2021**

## ÍNDICE GENERAL

### **INTRODUCCIÓN**

Sus primeros años.  
Su matrimonio.  
Sus hijos.  
Sofía y María.  
Su esposo Domenico.  
Sus padres.  
Napoleón.  
Los pobres y enfermos.  
Vida de pobreza.  
Injurias y ofensas.  
Los difuntos.  
Terciaria.  
Éxtasis.  
Eucaristía.  
Profecías.  
Apariciones.  
El sol.  
Curaciones.  
Así era ella,  
Su muerte.  
Milagros para su beatificación.

**CONCLUSIÓN**  
**BIBLIOGRAFÍA**

## INTRODUCCIÓN

La vida de la beata Ana María Taigi es una vida mística de primer orden. Lo más característico y quizás único en la vida de los santos fue que veía un sol brillantísimo delante de sus ojos, a unos tres palmos por encima de su cabeza y en el cual podía ver los acontecimientos del mundo entero e incluso la vida y enfermedades y otros sucesos de la vida de las personas. Dios le concedió esta gracia para que pudiera observar los sucesos políticos y planes de destrucción contra la Iglesia que tenían las sectas masónicas y los carbonarios; y así poder rezar mucho y hacer penitencia para liberar a Roma de los complots y rezar mejor por la conversión de los pecadores.

Por otra parte, tenía otros dones místicos como la visión del interior de las personas y la curación de enfermedades, haciendo la señal de la cruz e incluso poder conocer los remedios naturales que podían usarse para poder curar algunas enfermedades. También conocía el lugar donde se encontraban los difuntos en el más allá y cuántos años deberían aún estar en el purgatorio. Y así otras muchas cosas más.

Ana María fue una simple madre de familia con siete hijos, de los que le sobrevivieron cuatro. Recibió en su casa a una hija con seis hijos y ayudó a todas las personas que le pedían ayuda. Especialmente se preocupaba de los pobres y enfermos, pero rezaba y hacía mucha penitencia por los pecadores.

Aunque no tuvo como otros santos los estigmas de Cristo, toda su vida fue un martirio constante con muchas enfermedades, que ofrecía con amor por la Iglesia y la salvación del mundo entero. Es patrona de las madres de familia y nos enseña que también las madres, estando atareadas con las obligaciones del hogar y los problemas de familia, pueden ser santas. Tuvo un esposo de mal genio y mucha gente la ofendía, creyendo que era una loca o bruja o hipócrita, pero ella tenía paciencia con todos y a todos perdonaba.

Este libro lo hemos redactado con las declaraciones del Proceso de canonización, especialmente de Monseñor Raffaele Natali, del cardenal Pedicini y de Filippo Luigi di San Nicola, recogidas en el libro: *Le misericordie di Dio verso le sue creature*, Ed. Segno, 2005.

## SUS PRIMEROS AÑOS

Ana María Giannetti nació el 29 de mayo de 1769 en Siena. Al día siguiente fue bautizada en la iglesia de San Juan Bautista y le pusieron los nombres de Ana María Antonia Gesualda. Su padre, Luigi Carlo Antonio Ginnetti, se vio obligado a cerrar su farmacia y trasladarse con su esposa Santa María Benvenuta Masi y la pequeña Ana María a Roma, buscando un futuro mejor. Estaban tan mal económicamente que hicieron el viaje a pie.

Llegados a Roma, Ana María fue inscrita en la escuela de las Maestras Pías en el barrio de Monti, donde encontraron una modesta casa cerca de dicha escuela. En esta escuela aprendió a leer. La lectura será su mejor alimento espiritual. Nunca aprendió a escribir. El papá, según testimonio de los que lo conocieron, era flojo para el trabajo y tampoco en Roma pudo hacer fortuna.

Su padre encontró trabajo como empleado doméstico en casa de una dama respetable llamada María, que habitaba en el palacio Maccarani y allí también fue recibida como ayudante de cámara la joven Ana María. Así trabajaban en el mismo lugar padre e hija. Eran los tiempos en que Ana María se dejaba llevar de la seducción de las vanidades. Le gustaba quedar bien, ir bien vestida y lucirse ante los demás, sobre todo en los paseos por la ciudad. Más tarde lamentará esos tiempos perdidos en la disipación y en querer agradar al mundo y a los hombres.

Ana María a los 11 años recibió la confirmación en la iglesia de San Juan de Letrán y a los 13 recibió la primera comunión en la iglesia de San Francisco de Paula de su barrio. Después de dos años de estar en la escuela, completó su formación en un establecimiento donde enseñaban las labores de cosido y bordado. A sus 14 años se conmovió como todos los vecinos por la muerte de un gran siervo de Dios, que vivió sus últimos años en su barrio y allí murió: San José Benito Labre, el mendigo viajero, que se pasó la vida visitando los grandes santuarios de los distintos países de Europa. La madre de Ana María se encargó de lavar y preparar el cuerpo del santo, a quien le tuvo siempre mucha devoción y se la inculcó a su hija. En la última enfermedad, la mamá invocó con especial devoción a este gran santo. Ana María aprendió de su madre estas obras de misericordia y en su vida de casada hizo ese mismo servicio a sus hijos muertos y otros vecinos y conocidos.

Cuando terminó su aprendizaje de las labores de cosido, bordado y otras cosas propias de una ama de casa, se colocó como empleada en casa de una señora, que tenía amistad con la familia Chigi, en la cual trabajaba un cierto Domenico Taigi, que llegará a ser su esposo.

## SU MATRIMONIO

Ana María era guapa y tenía un carácter alegre y cordial con todos. Frecuentaba asiduamente la iglesia y le gustaba hacer obras de caridad. Domenico se fijó en ella y, después de un corto noviazgo, con el consentimiento de sus padres, se casaron el 7 de enero de 1790 en la iglesia de San Marcelo y fueron a vivir en un pequeño departamento que la familia Chigi puso a su disposición. Ana María tenía 20 años y Domenico 28. Él era bueno, religioso y de buenas costumbres, pero muy tosco, impulsivo y hasta extravagante. Le gustaba ir normalmente con pantalones cortos y en mangas de camisa, decía palabras inconvenientes y se enfurecía fácilmente cuando se le contradecía.

Durante los primeros meses de matrimonio, Ana María vivía su vida matrimonial como una mujer normal. Salía a pasear con su esposo, le gustaba ir al teatro y a otros espectáculos y le gustaba ir bien vestida y ser admirada. Cuando se convierte y desea amar a Jesús con toda su alma, comienza a evitar los espectáculos públicos y prefiere estar en casa o ir a las iglesias a orar, pues todos los días iba a alguna iglesia a misa y a recibir la comunión. Además hacía muchas obras de caridad y de penitencia personal, llevando una vida austera como ofrenda de amor a Jesús por la salvación de los pecadores.

## SUS HIJOS

A los nueve meses de su matrimonio Ana María tuvo la gracia de ser madre de Ana Serafina, que murió muy pronto. El segundo hijo, Camilo, llegó en 1793. Cuando los ejércitos de Napoleón se apoderaron de Roma lo enrolaron para ir a pelear. Lo embarcaron en una nave que fue zarandeada por una gran tempestad. El capitán les dijo a todos que rezaran a Dios, porque no había manera de escapar con vida. Muchos blasfemaban, otros estaban aterrorizados, pensando que iban a naufragar. Camilo por su parte, pensando en la muerte, no cesaba de encomendarse a Dios y a las oraciones de su madre. Al poco rato el capitán dijo en voz alta: *Aquí entre nosotros hay un santo que nos ha obtenido la gracia de salvarnos*. El mar se apaciguó y llegaron sanos y salvos al puerto. Camilo creyó siempre que las oraciones de su madre habían obtenido la salvación. La vieron llorando y, al preguntarle por qué lloraba, dijo: *Mi hijo está en el mar en peligro de ahogarse*.

A sus hijos les enseñó que, al salir de casa, hicieran la señal de la cruz y se encomendaran a la Virgen María y a su ángel custodio para que los librase de los peligros de alma y cuerpo. También les enseñaba a respetar a su papá y a la abuela que vivía en la casa.

Al poco tiempo Camilo fue licenciado y volvió a casa sano y salvo sin haber peleado, porque le encargaron la barbería, que era su oficio. Se casó y consiguió trabajo como empleado en casa de Paolino Mastai, tío de Giovanni Mastai, que sería el Papa Pío IX. Como solo ganaba 12 escudos al mes, tenía justo para vivir con su esposa Antonia Puri, que dio testimonio en el Proceso de las virtudes de su suegra. Después de casados, permanecieron dos años en casa de Ana María. Cuando consiguieron casa, Camilo se enfermó y Ana María fue a visitarlo, aunque estaba también enferma. La nuera creyó que venía a curarlo, pero se contentó con sonreír a su hijo y animarlo, porque debía estar preparado para el cielo. Después le dijo: *Hijo mío, vete, pronto nos veremos en el paraíso. Camilo murió con 40 años.*

En 1795 nació Alejandro, se casó con una joven de buen natural, pero de origen muy humilde y muy pobre. Ana María les cedió su apartamento en casa de la familia Chigi. Como estaban mal económicamente, Ana María les llevaba cada día una parte de las sobras que traía Domenico de la casa Chigi, pero dándose cuenta de que la nuera no hacía nada por ayudar a su esposo, la hizo venir y le aconsejó que trabajara.

La sierva de Dios sufrió mucho al verlo en la cárcel, acusado injustamente de un delito no cometido, pero fue reconocida su inocencia y liberado. Murió siendo todavía joven.

En 1797 nació Luigi, que muy pronto se fue al cielo. En 1806 nació Luisa, que murió pequeñita. En total fueron 7 hijos, de los cuales tres murieron pequeñitos y sobrevivieron los otros cuatro. A sus hijos ella misma los educaba en la fe y los instruía personalmente. Les hacía rezar en la mañana y en la noche. Todos los días rezaban juntos el rosario y les leía alguna vida de un santo. Les hacía cantar canciones religiosas y antes de dormir les hacía pedir la bendición a sus padres. Los domingos y fiestas los acompañaba a la iglesia y con sus hijas iba los domingos al hospital a hacer obras de misericordia.

Un día fue a la iglesia de Nuestra Señora de la Piedad y oró largo rato, después regresó a casa sonriendo y al asombrarse alguien por el cambio, respondió que la Virgen le había dado la gracia de que su hijo se salvara <sup>1</sup>.

Tuvo mucho cuidado de preservar la inocencia de sus hijos, especialmente de sus hijas. Las chicas Sofía y María dormían aparte de los chicos y no permitía que vinieran jovencitos a casa a verlas. Cuando debían salir a la calle, ella las acompañaba o las hacía acompañar de la abuela o de una persona de su confianza como el señor Luigi Antonini. Durante los peores calores del verano, no les

---

<sup>1</sup> Natali, *Le misericordie di Dio verso le sue creature*, Ed Segno, 2005, p. 63.

permitía salir de sus habitaciones si no estaban decentemente vestidas. Por otra parte, su madre les había enseñado a estar siempre ocupadas y no estar ociosas. El valor del trabajo lo adquirieron por el ejemplo de su madre. Les decía que la ociosidad era la madre de todos los vicios. También se preocupó de sus hijos varones, de ver sus amistades y de encomendarlos a alguna institución para aprender un oficio. Camilo aprendió a ser barbero y Alejandro sombrerero. Se preocupó de que sus maestros fueran personas de confianza y, de vez en cuando, iba a preguntar cómo iban y cómo se comportaban. Se preocupó especialmente de Alejandro, que le gustaba tener algunos gustos los domingos como ir al billar. Ella no le quería dar dinero para ello, pero la abuela, mamá de Ana María, le daba porque era su preferido y Ana María tuvo que corregir a su propia madre.

## **SOFÍA Y MARÍA**

En 1802 nació Sofía, la gran amiga y confidente de su madre toda la vida. La hizo educar en las Maestras Pías donde ella estudió. Como tenía buena voz, la maestras propusieron darle clases gratis de canto para que después pudiera ganarse la vida, pero Ana María, pensando en que podía ir a cantar a los teatros y a otros lugares peligrosos para su moral, no se lo permitió. Después llevó a Sofía a una fábrica de géneros de punto, donde la propietaria era una persona de plena confianza. Tuvo muchos pretendientes y se casó con Paolo Micali, un buen hombre, de buena condición y excelente conducta. Sofía era muy hábil en todo género de costura y hacía gorros y tejidos y así ganaba algo para la economía familiar. Paolo quedó sin trabajo y Ana María los recibió en su casa. Eran felices los dos nuevos esposos y tuvieron seis hijos. Paolo consiguió trabajo en casa del cardenal Barberini y también otro empleo de gentilhombre del conde Cini. Murió en 1835, dejando a Sofía con 33 años, viuda y con seis hijos, que fueron recibidos en la casa de Ana María. A Sofía se le presentó un buen partido y su madre estaba contenta, pero ella no quiso comprometerse con un nuevo matrimonio y su madre la dejó tranquila. A los dos años, en 1837, murió Ana María y Sofía estuvo a su lado hasta el último momento, sabiendo que se moriría su madre, como le había anunciado, avisándole que confiara en Dios, que no le faltaría nada. Sofía murió 30 años más tarde y sus restos fueron enterrados en la basílica de San Crisógono en Roma, donde estaba también el cuerpo incorrupto de su madre Ana María.

Entre los hijos de Sofía estaba María Luisa, que decidió entrar de religiosa con las clarisas de María y en 1862 se fue a Gemona, cerca de Udine, donde entró en las terciarias reformadas de San Francisco, un monasterio fundado con un fin misionero, donde recibió el nombre de sor María Rafaela del Niño Jesús y allí murió después de un año y tres meses, en olor de santidad.

María o Mariuccia nació en 1810. Ella misma nos dice que su madre trató de educarla en la fe y la llevó a estudiar a las Maestras Pías. A los 13 años dejó la escuela para aprender los trabajos de una buena ama de casa. Cuando iba a la escuela, la acompañaba su madre o una persona de plena confianza. Cuando tenía 18 años, la dejaba ir sola a la iglesia, pero no le permitía hacer paseos sola. A Mariuccia le gustaba ir bien vestida y lucirse. Ella misma se hacía algunos vestidos. Su madre estaba preocupada, pero poco a poco se hizo trabajadora, modesta y hacendosa para las labores de la casa. Su madre debió tener comprensión y cierta tolerancia con la vanidad de Mariuccia en su juventud. Nunca se casó y estuvo en casa, ayudando y cuidando a los hijos de Sofía. En 1831 se inscribió en el Instituto de las hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl, establecido en la parroquia. Murió en 1885, habiendo sobrevivido a su madre 48 años.

## SU ESPOSO DOMENICO

Era impetuoso y tosco y quería imponer su opinión. Ella dulce y cariñosa de buenas maneras le hacía reflexionar y nunca hubo entre ellos peleas ni graves disgustos a pesar de tener caracteres tan diferentes. Ella era paciente y le obedecía, aunque le pidiera salir de paseo, cosa que a ella no le agradaba. Pero trataba de darle gusto y aceptaba su manera de ser con paciencia.

Sofía dice: *Cuando mi padre llegaba a la casa, era necesario ir rápido a abrirle para que no se enfadara. Un par de veces mi hermana María, por haberse precipitado, rodó por tierra y una de las veces teniendo una de mis hijas de cinco meses en brazos. Si él no encontraba las cosas a su gusto, se encolerizaba hasta el punto de tirar el mantel donde estaba preparada la comida y tirarlo todo. Todo debía estar listo al minuto y la sopa caliente y la silla en su lugar. A veces recurría al bastón y nos pegaba. Un día uno de mis hermanos para huir de su bastón, huyó a la calle. Enfurecido, mi padre le tiró una silla por la ventana*<sup>2</sup>.

Otra vez se dio cuenta de que un soldado hirió los sentimientos de su esposa por estar embarazada y Domenico, furioso, le quitó el fusil y le golpeó. Declara Sofía: *Una vez estaba yo en la fábrica de géneros de punto y entró una mujer. Viendo que yo era la hija de Ana María empezó a gritar, diciendo que mi madre era una bruja y otras cosas. Mi patrona se quedó roja y yo palidecí por las groseras palabras que decía. De vuelta a mi casa, se lo conté a mi padre y él se fue con violencia a ver al esposo de la mujer, quien le dio a su esposa una buena bastonada. Cuando mi madre se enteró, se disgustó porque no quería que*

---

<sup>2</sup> Salotti cardinal, *La bienheureuse Anna Maria Taigi*, Ed. Bernard Valiquette, Montreal, 1942, pp. 88-90.



*esas cosas se las dijera a mi padre para que no hubiera líos. Prefería aguantar en secreto por amor a Dios. Yo le pedí perdón y todo quedó en paz* <sup>3</sup>.

Ana María no quería que su esposo se enterara de las injurias que recibía de vecinas o extraños. Y anota Domenico: *Cuando los disgustos con los otros empleados de la familia Chigi me hacían sentirme nervioso, solo con regresar a casa y ver a mi esposa quedaba tranquilo y recobra la paz* <sup>4</sup>. Domenico en su declaración en el Proceso manifestó: *Yo he vivido con esta alma bendita 48 años. Jamás de su parte ha habido una palabra de disgusto. Hemos vivido en continua paz. A veces entraba yo en casa cansado e inquieto por las dificultades del trabajo y ella con su amabilidad, siempre dispuesta a recibirme y servirme, me tranquilizaba y devolvía la alegría* <sup>5</sup>.

Cuando Ana María murió, su esposo Domenico dijo: *Dios se la llevó porque yo no era digno de ella. Ni en todo el mundo podré encontrar una mujer parecida con tantas cualidades. Al perderla, he perdido un gran tesoro* <sup>6</sup>. Él murió con 92 años.

## SUS PADRES

Poco tiempo después de su matrimonio, Ana María recibió en su casa a su madre, que estuvo con ella hasta la muerte. A Santa, que era su nombre, le gustaba trabajar en las cosas de la casa y, sobre todo, cuidar a los niños que conservaron siempre un vivo recuerdo de la abuela. Ana María cuidó a su madre con todo su cariño de hija. Sofía nos dice: *Mi abuela vivió siempre con nosotros. Era un poco especial. Recuerdo que mi madre le recomendaba de no charlar tanto con la gente y no perder tanto tiempo, y que lo empleara más bien en ir a la iglesia, pero ella decía: Déjame tranquila, yo quiero hacer lo que me gusta. Yo no tengo necesidad de ti para ir a la iglesia.* Mi madre la toleraba, sonriéndole con respuestas delicadas y con paciencia. Cuando se enfermó, mi madre la atendió día y noche. Cuando murió, la lavó y la preparó y mandó hacerle unos solemnes funerales.

Con su padre, mi madre tuvo que tener mucha más paciencia. Él no quiso nunca vivir en nuestra casa. Era poco amigo del trabajo y le gustaba la vida errante. Viajaba por toda Italia de aquí para allá sin rumbo hasta que tuvo que venir a Roma para poder vivir a costa de su hija, sin aceptar vivir en la casa. Ana María le consiguió un puesto de portero en una casa de huérfanos. Cuando ya

---

<sup>3</sup> Salotti, p. 168.

<sup>4</sup> Ib. p. 90.

<sup>5</sup> Salotti, pp. 91-92.

<sup>6</sup> Salotti p. 98.

estaba enfermo, lo hizo recibir en el hospital de San Juan de Letrán, en la sección de hombres, donde murió. Y sigue diciendo Sofía: *Mi abuelo tenía un carácter muy exigente y desagradable. Cuando venía a visitarnos, ella se desvivía por atenderlo.* Él decía: *No quiero entrar* o se ponía a gritar sin saber por qué. Mi madre bajaba y se sentaba a su lado con una sonrisa, lo peinaba, le ajustaba la ropa, le curaba la sarna y lo atendía. Como no quería lo que servían en el hospital, Ana María le daba de comer parte de lo que reservaba cada día de la mesa de los Chigi, que traía Domenico. Cuando ya estaba muy enfermo y no podía salir del hospital, ella lo visitaba y veía lo que necesitaba para dárselo sin que él le mostrara el menor signo de agradecimiento. Ella se preocupó de que recibiera los últimos sacramentos y, después de su muerte, mandó celebrar misas y rezar muchos rosarios por su alma.

## **NAPOLEÓN**

El 8 de febrero de 1808 Napoleón ordenó que sus soldados al frente del general Miollis se apoderaran de Roma y del Castillo del Santo Ángel, poniendo sus piezas de artillería delante del palacio del Quirinal donde vivía el Papa. Como Pío VII no quería ceder ni permitir que sus sacerdotes hicieran el juramento de fidelidad al emperador, se desencadenó una terrible persecución contra él. Los cardenales fueron expulsados de Roma y sus bienes confiscados. El gobernador de Roma, Monseñor Calvachini, fue arrestado y lo mismo el cardenal secretario de Estado. Napoleón unió los Estados pontificios a Francia y proclamó a Roma como ciudad imperial libre. El 10 de junio de 1809 el Papa publicó una bula con excomunión a los que atentaron contra la soberanía del Papa sobre los Estados pontificios. Napoleón creyó haber derrotado al Papa. Roma estaba muy revuelta al proclamar la República, mientras que Napoleón estaba ocupado en las batallas del centro de Europa y no podía enviar refuerzos a Roma. Ordenó el arresto del Papa. Murat, desde Nápoles, envió refuerzos para contener la revuelta de los romanos. El Papa fue arrestado el 6 de julio de 1809 en nombre del emperador. Lo alejaron de Roma y lo llevaron a Francia, después lo llevaron a Savona y de allí de nuevo el 10 de junio de 1812 lo enviaron a Francia. En el camino el Papa se sintió morir y recibió la unción de los enfermos, pero sin tenerle compasión lo llevaron a Fontainebleau.

En ese tiempo de la invasión de Roma por los franceses, no solo se llevaron a Francia muchos tesoros acumulados durante cientos de años, al igual que libros de archivo y biblioteca vaticanos, sino que obligaron a muchos hombres a inscribirse en su ejército para ir a luchar al centro de Europa. Todo ello llevó a una gran hambruna.

## LOS POBRES Y ENFERMOS

Ana María se preocupaba de los pobres y hasta de los animales. Cuando tenía que viajar en carroza para visitar diversos lugares de Roma, preguntaba al cochero si habían comido los caballos y, si se había preocupado de darles de comer en los distintos descansos del recorrido. Y le daba al cochero algún dinero para que lo hiciera o para que él comiera si no lo había hecho. Los pobres eran sus predilectos. En tiempo de la segunda invasión de Roma por los franceses, hubo una gran hambruna en Roma. Ella atendió a varios de sus familiares que venían a pedirle ayuda. Si no tenía nada, les pedía que volvieran en otro momento, pero a todos daba algo. Y nunca se iban los pobres sin recibir una limosna.

Un día, saliendo de la iglesia de San Bartolomé de los bergamascos en pleno invierno, encontró a un pobre hombre descalzo, temblando de frío y hambriento. Estaba muy sucio y todo el mundo se apartaba de él. Ella se le acercó y lo llevó a su casa, le dio de comer algo caliente y se preocupó de darle ropa de vestir y hasta un par de zapatos de uno de sus hijos. Monseñor Natali declaró: *Un día fui con ella a la iglesia de Nuestra Señora de la Consolación para hacer una visita a Jesús sacramentado con ocasión de las Cuarenta horas. Un poco antes de llegar, vimos a una pobre mujer echada en el suelo, babeando, sin nadie que la atendiera. Ella se acercó, la abrazó y con su pañuelo le secaba la baba y el sudor frío de su frente. Después fue a una tienda para comprar algún reconfortante, ya que parecía que había comido hierbas crudas y le habían sentado mal. Cuando la hubo atendido, entró en la iglesia y nada más arrodillarse oyó la voz dulce de Jesús, que le agradecía por aquel acto de caridad como si se lo hubiera hecho a él mismo. Todo eso se hizo en mi presencia*<sup>7</sup>.

Igualmente atendía a los enfermos con suma solicitud, echados en su camastro sin ver el sol y sin luz, donde los muchos enfermos no podían ser atendidos por el poco personal y estaban prácticamente abandonados. Además de sus enfermedades corporales, tenían heridas profundas en el alma, quizás desgarrada por los remordimientos y por los pecados cometidos. Ella los consolaba y los atendía, incluso dándoles algún ayuda material, sobre todo los domingos por la tarde en que era su horario de visitarlos, casi siempre con su hija Sofía. En el hospital de Santiago estaban los enfermos más repugnantes. Ella los atendía con cariño. Había una mujer a quien el cáncer le había desfigurado el rostro y daba pena verla. Sofía nos dice: *Su esposo le había contagiado una enfermedad que había roído su rostro. Por eso, estaba cubierta con un*

---

<sup>7</sup> Salotti pp. 159-160.

*capuchón. Creo que ni veía. Cuando oyó la voz de mi mamá gritó con alegría: “He aquí mi ángel”. Con ella se pasaba largo rato. Yo le decía a mi madre que despedía un olor nauseabundo, pero ella me respondía: “Trata de sentir el perfume de su alma. Ella va a ir de su cama de dolor al cielo derecha”*<sup>8</sup>.

## **VIDA DE POBREZA**

Su esposo ganaba seis escudos y muchas veces con cuatro hijos y seis de su hija Sofía, más la abuela y ellos dos, no alcanzaba. Durante muchos años fueron por lo menos 14. Por eso, había temporadas en que Ana María se pasaba horas de la noche, sobre todo en los días en que Domenico estaba en el trabajo de noche, tejiendo y haciendo algunos trabajos para ganar algo más para la casa. Tuvo la gracia de Dios de que la duquesa de Luca, María Luisa, la quería mucho y le dio durante un tiempo una ayuda mensual de 5 escudos, pero vivían pobremente.

Era muy caritativa con todos. Después de muchos años de matrimonio, tuvo que tomar una empleada de servicio por sus enfermedades. Juana Cams, que fue su criada un tiempo, declaró: *Me trataba como a una hija, me sentaba a la mesa, me servía la primera. Si estaba yo enferma, empleaba los mejores medios para curarme. Un día yo llevaba una garrafa que podía costar unos 7 francos, porque era buena y estaba dorada. Se me rompió, pero la señora me dijo que no era nada grave, me hizo beber un poco de vino para superar el miedo y para animarme y me dijo que ella había tenido unas 12 garrafas y que se le habían roto sucesivamente*<sup>9</sup>.

Su hija Sofía declaró: *Mi madre sufría por las estrecheces económicas, pero nunca nos faltó lo estrictamente necesario. Mi padre ganaba seis escudos al mes y el príncipe Chigi le daba las sobras de la comida para traerla a la casa. Mi madre separaba lo mejor de lo que traía mi padre para su papá o su mamá o para alguna vecina necesitada. Como no alcanzaba, debía ella suplir con su trabajo. Esta escasez se hizo más patente en 1799, cuando Roma estaba desolada por el hambre. El príncipe Chigi se había ido a París y le dijo claramente a mi padre que solo le podía dar el alimento, pero no el sueldo. Mi padre se mantuvo fiel en su puesto. Mi madre debía hacer cola durante toda la noche con el frío para poder recibir el pan en la panadería, donde había una cola enorme que ni los soldados podían contener. Era en los primeros tiempos en que Napoleón proclamó la República en los Estados pontificios*<sup>10</sup>.

---

<sup>8</sup> Salotti, pp. 161-162.

<sup>9</sup> Salotti, pp. 75-76.

<sup>10</sup> Ib. pp. 77-78.

Ana María hacía trabajos de aguja y tejido, camisas, corsets, vestidos de mujeres y otras ropas. Y, a pesar de todo, sus ganancias eran muy modestas, pero había que trabajar. Y este sentido del trabajo lo enseñó a sus hijos. Por eso, en una ocasión, a la esposa de su hijo Camilo, que no hacía nada y esperaba solo que la alimentaran, la llamó y le habló del sentido del trabajo y que ella podía y debía trabajar en algo para ayudar a la economía familiar.

Cuando Ana María se hizo famosa por sus dones de sanación y su santidad, algunas familias ricas o también obispos y cardenales le ofrecieron una casa mejor, un sueldo extra para la familia, pero ella nunca aceptó, salvo en algunos casos en que hasta ella misma fue a pedir limosna a los ricos o vecinos para ayudar a otras familias que pasaban hambre y grandes necesidades.

Muchas personas importantes le pidieron que fuera a vivir a su casa para poder vivir mejor, pero ella prefirió llevar una vida austera y no irse a vivir con María Luisa de Borbón, reina de Etruria, o con el cardenal Pedicini.

Un día estaba necesitada de víveres para la comida y fue a orar al Santísimo crucifijo de San Pablo y allí sintió que Jesús le dijo: *Vete a casa y allí encontrarás la providencia*. Encontró una carta del señor marqués Cario Bandini escrita desde Firenze con una letra de cambio. Luigi Antonini recuerda que en muchas ocasiones en que tenía necesidades económicas me enviaba al correo y allí encontraba para ella letras de cambio con algunas sumas por cobrar. El cardenal Pedicini varias veces le dio socorro en sus necesidades. Y ella daba lo que sobraba a los pobres. Su caridad no era solo para los pobres, también para los enfermos, a los que visitaba los domingos. Se preocupaba también por los encarcelados, por los condenados a las galeras y, si no podía visitarlos, los encomendaba al Señor en sus oraciones y ofrecía por ellos ayunos y penitencias.

Luigi Antonini dice: *A veces me llamaba y me decía: Vete a tal o cual casa y allí, inspirados por Dios, me daban para ella socorros para su familia y para los pobres. Un día ella visitaba a María Luisa, reina de Etruria, y esta le abrió su armario lleno de oro y le dijo: "Toma lo que quieras". Y ella, sonriendo, le respondió: "¿No entiende usted? Sirvo a Dios, que es un Señor más rico que usted, y él me provee y me proveerá con su providencia"*.

## **INJURIAS Y OFENSAS**

Don Natali nos dice que había una viuda que tenía una habitación para alquilar bien amueblada. Tenía un carácter sospechoso y alterado, aparentando ser muy religiosa. Tenía una lengua muy mordaz y fácil para maldecir a los

demás. Los vecinos que la conocían buscaban evitar su trato y hasta el párroco le tenía cierto miedo. El Señor permitió, para ejercitar a Ana María en la paciencia, que esta señora la tomara con ella. Parecía loca o endemoniada y denigraba la fama y la reputación de la familia de Ana María. En cierta ocasión, no pudiendo alquilar su habitación a los forasteros, la tomó con Ana María tachándola de bruja y que por envidia le había hecho daño para que no pudiera alquilar su habitación. Decía que había visto a Ana María, haciendo cosas deshonestas con religiosos y sacerdotes que frecuentaban su casa. Y tales calumnias, no solo las esparcía por las casas de los vecinos, sino por las tiendas públicas de los alrededores. Si no era una semana era otra, que decía alguna barbaridad. Ana María rezaba para que el Señor la iluminase y tuviera misericordia, evitando que lo supiera Domenico, que era de carácter violento.

Ana María la toleraba y, cuando la encontraba, la saludaba con cortesía y amabilidad, pero todo era inútil. Un día se quejó de que Ana comía bien mientras ella no podía, porque sabía que Domenico traía a casa de la comida de los Chigi. Entonces Ana María le dio parte de esa comida para calmarla. Otro día, después de haber comido lo que Ana le había servido con tanto cariño, empezó a decir que le había sentado mal la comida, porque le habían echado veneno para que se muriera. Ana María aguantó todo y, en vez de comida, de vez en cuando le daba algún dinero para que se comprase comida. Después de ocho años de continuada persecución, después que el Señor probó la paciencia de su sierva, no sé por qué motivo esa viuda fue despojada de sus bienes por deudas y, reducida a la mendicidad y tuvo que ir a la puerta de Ana María a pedir una ayuda para poder comer. Incluso por la calle les pedía a sus hijas una limosna, que nunca le negaron, siguiendo el ejemplo de su madre. Incluso a mí (Natali) me ha pedido muchas veces. Después no la he visto más y creo que se murió <sup>11</sup>.

## LOS DIFUNTOS

Tenía mucha caridad con los muertos y, además de ofrecer misas por sus almas, rosarios, oraciones y penitencias, rezaba cada día 100 *Réquiem aeternam*. Tenía mucha devoción por las almas del purgatorio y recomendaba mandar celebrar una misa por ellas siempre que pudiéramos y rezar 100 veces al día un *Réquiem*.

Cundo había alguna ejecución capital, Ana María tenía una gran tristeza y se ponía de inmediato a rezar para obtener la conversión del interesado y, si se mostraba obstinado, seguía rezando con mayor fervor. Una vez había tres condenados a muerte que se obstinaban en no convertirse. Ella, además de las

---

<sup>11</sup> Natali, pp. 92-94.

oraciones y penitencias, se ofreció y el Señor le envió fuertes dolores que no terminaron sino con la ejecución de los tres, que pudieron convertirse con la gracia de Dios y la ayuda de Ana María.

Al rezar por alguna difunta, de inmediato conocía su suerte eterna y cómo estaba su alma y la duración de sus penas, si estaba en el purgatorio. Si estaba en el infierno, aparecía una horrible caverna donde estaba el alma y los motivos por los cuales estaba perdida y, en un abrir y cerrar de ojos, veía relámpagos y rayos, desapareciendo la visión. En esto ella era muy delicada para no manifestar el estado de las personas del infierno, ni siquiera a sus familiares para no ofenderlos.

Un día estaba orando por un difunto en la misa que celebraba Monseñor Pedicini. Al principio de la misa, Ana María estaba llena de tristeza rezando por el alma. Al momento del Gloria la tristeza se cambió en una gran alegría. Ana María sintió que era el momento en que esa alma dejaba el purgatorio y entraba al cielo. El alma misma le dijo: *Te agradezco la caridad que has tenido conmigo, me acordaré de ti delante del trono de Dios y en el cielo, donde voy gracias a tus oraciones para ser feliz por toda la eternidad* <sup>12</sup>.

Un día vio un eclesiástico, conocido por su gran reputación, que estaba después de su muerte en grandes penas en el purgatorio, porque a pesar de haber hecho muchas obras de caridad, las había hecho, no para gloria de Dios, sino para sentir la alegría de ser alabado por los hombres <sup>13</sup>.

Otro importante eclesiástico de Roma murió y estaba en grandes penas en el purgatorio y oyó que el Señor le decía: *A pesar de haber muerto hace muy poco, está muy abajo en el purgatorio, por haber tratado su cuerpo con demasiada delicadeza, y le parece que lleva allí centenares de años.*

## TERCIARIA

Al poco tiempo de casados se fue con su esposo a la plaza de San Pedro y encontró a un religioso, siervo de María de nombre Angelo, el cual para su sorpresa oyó un voz en su corazón que le dijo: *Mira a esta mujer que vendrá a tus manos, y tienes que convertir y será santa* <sup>14</sup>. Después de un tiempo, ella sintió deseos de confesarse y fue dispuesta a dejar sus diversiones. Se presentó al confesor y él la rechazó diciendo: *Tú no eres mi penitente, vete a otro.* Ella se

---

<sup>12</sup> Bouffier Gabriel, *La venerable Anna María Taigi*, París, 1865, p. 113.

<sup>13</sup> Natali, p. 164.

<sup>14</sup> Natali, p. 41.

sintió herida, pero sentía deseos de cambiar de vida y otro día lo intentó y se dirigió a la iglesia de San Marcelo, donde se había casado, y ahí estaba el religioso siervo de María, que le dijo: *Por fin vienes y estás en mis manos*. Él le manifestó lo que había sentido en la plaza de San Pedro y cómo el Señor quería que fuera santa. De modo que comenzó con él la dirección espiritual para dejar las cosas del mundo y amar cada día más al Señor.

Un día estaba Ana María en la iglesia de San Carlos y se le apareció una cruz de dos colores, azul y rojo con fondo blanco. Mientras la miraba, sintió una voz que le decía: *Hija, le dirás a tu confesor que quiero y mando que el día de San Esteban te vista con el hábito como terciaria. Los franceses que están en el convento al momento se irán y nunca más volverán*. La vestición tuvo lugar el día de San Esteban y ese mismo día los franceses se retiraron del convento.

El 23 de febrero de 1808, bajo la guía del padre Fernando de San Luis, trinitario de la iglesia de San Carlos en Quattro Fontane, se inscribió como terciaria trinitaria, con el consentimiento de su esposo y vistió el hábito blanco con la cruz rosa y azul como trinitaria seglar. Y es importante anotar que siempre tuvo una especialísima devoción al misterio de la Santísima Trinidad.

Su confesor la inscribió como terciaria descalza de la Orden de la Santísima Trinidad y la quiso probar, ordenándole que fuese por las calles de Roma vestida con el vestido de terciaria. Ella obedeció, a pesar de saber que muchos se reírían de ella. Dice Nobili: *No terminaría nunca si dijera todos los casos de esta naturaleza que he visto en los 20 años que he vivido en su casa y he sido testigo ocular de su paciencia y caridad*<sup>15</sup>.

## ÉXTASIS

Don Natali refiere: *Muchas veces caía en éxtasis de la manera más extraña. Alguna vez con la escoba en la mano, cuando estaba barriendo; otras, apoyada a una pared o rezando el rosario, otras en la mesa cuando estaban comiendo con el tenedor en la mano. Y estaba inmóvil durante un cierto tiempo y por más que la movieran no reaccionaba. Su esposo creía que se dormía y se lo echaba en cara. Su hija María, cuando era pequeña, creía que se quedaba muerta y gritaba: “Mi mamá se ha muerto”, pero solo estaba en éxtasis de amor. Cuando volvía en sí, tanto en la iglesia, como en casa, estaba bañada de sudor aunque fuese en invierno. A veces bañada en lágrimas, otras alegre y sonriente; o triste y pálida*<sup>16</sup>.

---

<sup>15</sup> Natali, p. 97.

<sup>16</sup> Natali, p. 66.



Una vez en tiempo en que los franceses estaban en Roma, después de comulgar sucedió que hubo un gran movimiento de soldados en la plaza contigua sin saberse el motivo. La gente huía despavorida y se refugiaban donde podían y cerraban todas las tiendas. Había mucho ruido con tambores y gritos, etc. Ana María estaba tranquila en éxtasis en la iglesia y cuando volvió en sí no se había enterado de nada y estaba sola en la iglesia, que estaba cerrada. Un día en la iglesia del santísimo Niño Jesús se le apareció Jesús Niño en la hostia consagrada y le dijo: *Yo soy la flor de los campos y el lirio de los valles y soy todo tuyo*<sup>17</sup>.

Dice Don Natali: *Cientos y cientos de veces durante 20 años he sido testigo ocular de sus éxtasis. Parecía muerta, porque nadie podía moverla y estaba totalmente inmóvil, pero ante una palabra del Superior se despertaba de inmediato.*

## EUCARISTÍA

Santificaba las fiestas y los domingos de modo que esos días no hacía ningún trabajo especial y se dedicaba a leer libros de piedad, oír misas o iba a visitar a Jesús sacramentado a las distintas iglesias o rezaba rosarios. Solo hacía lo estrictamente necesario. Las únicas diversiones de la familia era ir con la carroza del cardenal Pedicini, que se la prestaba para ir de paseo fuera de la ciudad.

Un día, después de la comunión, oyó la voz de Jesús que le dijo: *Hija, mi bien amada, ven a mí. Yo quiero hacerte sentir mi dulzura y cuánto me son agradables las personas que me aman. Yo te destino a convertir almas y consolar personas de toda clase y condición. Tendrás que luchar contra los que están llenos de vicios y pecados. Hay una gran multitud de almas falsas. Vas a ser insultada, despreciada, colmada de injurias, pero lo soportarás todo por mi amor.* Ella respondió: *Oh, Señor, mi Dios. Yo soy una pobre miserable, indigna de pisar esta tierra.* Y Jesús le contestó: *Yo te guío de la mano como un corderito y todo lo que te digo se cumplirá*<sup>18</sup>.

En la iglesia de San Ignacio, un sacerdote le dio la comunión con una hostia sin consagrar, porque pensaba que era una loca. Ella se dio cuenta de inmediato por no sentir la dulzura que solía sentir. Terminada la misa, fue

---

<sup>17</sup> Natali, p. 721.

<sup>18</sup> Bouffier, p. 155-156.

corriendo a avisar a su confesor del hecho, quien llamando aparte al interesado, este confirmó el hecho con vergüenza <sup>19</sup>.

*En San Andrés del Valle, dice Nobili, donde estuve también yo presente en la visita que hice con ella a la exposición de las Cuarenta horas de Exposición del S. Sacramento, vio al Señor en la hostia consagrada, rodeada de mucha luz y de una fila enorme de ángeles.*

En la iglesia de san Bartolomé, un sacerdote que iba frecuentemente a celebrar allí la misa, viendo que la sierva de Dios iba a misa y a comulgar todos los días, la llamó por desprecio sacerdotisa y, cuando se acercaba a comulgar, se pasaba de largo. Ana María con paciencia esperaba a otra misa para comulgar. Yo (don Natali) lo descubrí y en la sacristía reprendí al sacerdote enérgicamente y le amenacé con decírselo a la autoridad superior y él me pidió excusas <sup>20</sup>.

Un día Ana María fue a la iglesia de San Carlos de Quattro fontane y, durante la misa estaba tan ansiosa de recibir la comunión, que mientras el sacerdote rezaba las oraciones antes de la comunión, Dios permitió que una hostia saliera de las manos del sacerdote y se fuera directamente a la boca de Ana María, que, inflamada en amor de Dios, cayó en éxtasis <sup>21</sup>.

## PROFECÍAS

Una vecina de una conocida había dado a luz y la llamaron para que fuera a bendecirla con su imagen de la Virgen o con aceite de la lámpara que estaba encendida en el altar de su casa, porque la señora no tenía leche para su niño. Ella fue y, al verla, salió de inmediato de su habitación y dijo a sus familiares: *Rápido, háganle recibir los sacramentos porque va a morir*. Quedaron asombrados, porque no presentaba signos de muerte inmediata y el mismo confesor de la señora que estaba allí presente se rió de la profecía. Pero sus familiares lo tomaron en serio y le hicieron recibir los sacramentos y a los pocos días murió.

Cuando los franceses invadieron España, dijo una mañana la sierva de Dios a su confesor, padre Fernando de san Luis, que el padre general de su Orden y su compañero habían sido asesinados por las tropas francesas al pasar de una ciudad a otra, indicando el día del suceso y el lugar cerca de cierta ciudad <sup>22</sup>. Después de un mes llegó una carta con la noticia. Todo había sido cierto.

---

<sup>19</sup> Natali, p. 134.

<sup>20</sup> Natali, p. 96.

<sup>21</sup> *Le misericordie di Dio, beata Ana María Taigi*, Don Natali, 2005, p. 67.

<sup>22</sup> Declaración del P. Giovanni de la Visitación, pp. 560-561.

Una persona le dijo un día: *Tengo noticias de que mi cuñada, que está a 180 millas de distancia, está encinta. Desearía que fuese varón. La sierva de Dios respondió: "Sería necesario que Dios hiciese un gran milagro para ello, porque es una niña. Esta niña está destinada al paraíso, y el bautismo y la cruz (su muerte) serán una sola cosa"*<sup>23</sup>.

Otro día se encontró con un abogado y se sintió triste. Al preguntarle el porqué, respondió que en la noche siguiente moriría de una apoplejía, como así sucedió<sup>24</sup>.

Su confesor tenía amistad con un caballero que debía operarse para la extracción de una piedra y le pidió a Ana María que lo encomendase. Ella le mandó un mensaje: *Este caballero no debe hacerse la operación, porque moriría. No haciéndosela, podrá vivir aún un poco más de tiempo. El caballero quiso hacerse la operación y murió a las 24 horas*<sup>25</sup>.

Ana María, hablando del futuro del mundo y de la Iglesia, vio en el sol que millones de hombres debían morir de muerte violenta, sea por la guerra o por otras causas. Habría muchos millones de muertos en el mundo entero y que, después de esos acontecimientos desgraciados, naciones enteras entrarían a formar parte de la unidad de la Iglesia católica romana y que gran número de musulmanes, de judíos y de infieles se convertirían. Ella habló de que el Señor quería purificar al mundo y a su Iglesia. Ella dijo que el Señor le había hecho ver en el sol divino un triunfo y una alegría tan grandes en la Iglesia que no lo podía comprender<sup>26</sup>.

En muchos libros se relata una de sus profecías que dice en resumen: Dios enviará dos castigos, uno en forma de guerra, revoluciones y otros males y tendrá origen en la tierra. Otro será enviado del cielo. Vendrá sobre la tierra una oscuridad que durará tres días y tres noches. Nada será visible y el aire será nocivo y pestilencial y hará daño, si bien no necesariamente a los enemigos de la religión. Durante estos tres días, la luz artificial no iluminará. Solo arderán las velas benditas. Los fieles deberán permanecer en sus casas y rezar el rosario y pedir a Dios misericordia. Muchos enemigos de la Iglesia perecerán sobre la tierra durante esta oscuridad universal, exceptuados los que se conviertan. El aire estará infestado de demonios, que aparecerán bajo formas horribles.

---

<sup>23</sup> Declaración del cardenal Pedicini, p. 407.

<sup>24</sup> Natali, p. 331.

<sup>25</sup> Cardenal Pedicini, p. 493.

<sup>26</sup> Salotti, pp. 234-235.

La religión será perseguida y los sacerdotes asesinados. Las iglesias estarán cerradas, pero solo por poco tiempo. El Papa estará obligado a abandonar Roma. Francia se precipitará en una espantosa anarquía. Los franceses tendrán una guerra civil en el curso de la cual hasta los ancianos tomarán las armas. Los partidos políticos, después de todos estos males, se acordarán de la Santa Sede. El Papa enviará a Francia un legado especial según las informaciones recibidas y el Papa nombrará un rey muy cristiano para gobernar Francia. Después de los tres días de oscuridad, habrá un nuevo Papa y el cristianismo se extenderá por todo el mundo. Naciones enteras regresarán a formar parte de la Iglesia. Rusia e Inglaterra y China entrarán en la Iglesia <sup>27</sup>.

## APARICIONES

Tuvo muchas visiones de Jesús, de la Virgen y de algunos santos y ángeles, incluso de demonios. Un día se le apareció Jesús, vestido de Nazareno con habito violáceo y con un manto de color turquesa con el que le cubrió el lecho, la tomó de la mano, teniéndola estrechamente unida a la suya y entonces le declaró que ella era su esposa y le daba el don de curación de las enfermedades, tocando con la mano que Jesús la había tenido tomada. Otra aparición tuvo tres o cuatro días antes de su muerte. Al celebrar en su casa la misa por ella, apenas comenzada la misa, fue asaltada por fuertes convulsiones con síncope mortal y vio a un misterioso personaje que le oprimió la garganta para que su espíritu no saliera de su cuerpo y le anunció el día preciso de su muerte como se verificó puntualmente.

Llevaba siempre el escapulario de la Virgen del Carmen. Un día estaba rezando en la iglesia de Aracoeli y oyó una dulce voz, la voz de la Virgen que le dijo desde una imagen pintada sobre una columna al fondo de la iglesia: *Hija mía, no temas, yo te cuido en medio del mar agitado que atraviesas. Dile al padre N. que aquí estoy sin lámpara encendida y deseo que se me honre en este lugar. Si los Padres no me hacen caso, yo les obligaré con milagros.* Ana María avisó al encargado, pero no le hicieron caso. Entonces la imagen comenzó a obrar milagros, lo que renovó el fervor de los fieles, que comenzaron a honrarla.

Un día ella fue con don Natali a la Scala Santa para hacer el Vía Crucis por la conversión de un joven pecador. Apenas se había arrodillado, cuando tuvo la visión del Niño Jesús, que estaba en la hostia consagrada. Él irradiaba una luz tan esplendente que no se notaban las luces de la iglesia. Esta visión desapareció

---

<sup>27</sup> No hemos podido confirmar estos datos, aunque la profecía de los tres días de oscuridad y persecuciones contra la Iglesia y otros males que vendrán al mundo están en otras profecías dignas de fe de otros santos. Estas las hemos tomado del libro de Sandro Mancinelli, *Vita e profezie della beata Anna Maria Taigi*, Ed. Segno, 2016, pp. 83-84.

poco a poco, pero al mismo tiempo de la hostia consagrada salió una flor blanca como la nieve y oyó una dulce voz que le dijo: *Hija mía, yo soy la flor de los campos. Yo soy hermoso ¿Por qué temes a los hombres y al mundo que tú debes pisar con los pies? No tengas miedo, yo estoy siempre en tu corazón y tú lo sabes. Te amo tanto... Si tú sufres por mí, recibirás una hermosa corona* <sup>28</sup>.

## EL SOL

Entre tantos dones con que Dios la enriqueció, el más sorprendente era el sol luminosísimo que tenía delante de los ojos y que veía con el ojo malo, del que había perdido casi toda la vista. Este sol estaba a tres palmos sobre su cabeza de día y de noche, en la iglesia y en la calle o donde estuviera. Tenía una corona de espinas trenzada y en los extremos de estas espinas había dos muy largas que iban hasta cerrar un círculo dentro del cual veía a Jesús o acontecimientos de la tierra así como la suerte de las almas de difuntos tanto en el purgatorio como en el cielo o en el infierno. Veía los acontecimientos políticos, los planes destructivos de la sectas contra la Iglesia, las batallas, las masacres en distintos lugares o países e incluso la vida de cada persona cercana o lejana en que pensara. Era como un espejo en el que veía el bien y el mal de las personas y de cada nación y del mundo entero. Lo vio durante 47 años hasta el día de su muerte. Según iba creciendo en santidad veía las cosas más claras y resplandecientes.

En el sol vio las masacres de España, la guerra de Grecia, la revolución de 1830 en París, la guerra de Polonia, las desgracias de Rusia, los acontecimientos de Portugal, la liberación de los esclavos, la toma de Argelia por Francia, la revolución de Bruselas y las maquinaciones de las sectas secretas.

En el sol vio la derrota del ejército francés en Rusia, vio la muerte de Napoleón en la isla de Santa Elena y la fisonomía de los presentes y todas las circunstancias de la isla que describió con una precisión impresionante como un pintor que hubiera podido pintar un cuadro de lo que veía. Vio y predijo las circunstancias históricas de la vuelta del Papa Pío VII a Roma y el recibimiento solemne que recibió. También vio los terremotos ocurridos en China y las inundaciones de lugares remotos. Algunas veces veía cosas simbólicas como haces de espinas entrelazadas, llanuras de sangre, etc., y conocía su significado.

Cuando le preguntaban sobre cosas de política, ella podía decir lo que había visto. Si rezaba por un enfermo, veía su estado de salud y los remedios que le convenían y si iba a curarse. A veces, le pedían oración por personas muy

---

<sup>28</sup> Salotti, pp. 239-240.

graves, pero ella podía saber si se iban a curar y, entonces, le decía que no temieran, que la enfermedad no era de muerte. Una vez dijo: *Se curará, pero después de cinco años morirá*. Y así sucedió.

Vio en el sol la elección del Papa León XII y los años de su pontificado. También vio el Pontificado del Papa Pío VIII y predijo su muerte. Vio la elección de Gregorio XVI y los acontecimientos futuros de su pontificado. Se enfermó el cardenal Cristaldi y, habiéndose mejorado, daba esperanzas de curación, pero la sierva de Dios dijo que le dijeran que se preparara, porque dentro de poco iba a morir. Se preparó y todos pudieron comprobar la verdad de la predicción <sup>29</sup>.

Una vez la sierva de Dios miró al sol y me pidió (don Natali) que fuera corriendo a avisar a un señor, porque estaba para suicidarse con una pistola por la tristeza que tenía por los problemas en los negocios. Yo corrí y lo encontré en su habitación turbado y, avisándole de lo que decía la sierva de Dios, traté de tranquilizarlo y él me confesó que, si tardaba un poco más, se habría pegado un tiro y lo habría encontrado muerto <sup>30</sup>.

Una pobre mujer huyó de casa, porque su esposo la estaba buscando para hacerle daño y fue a casa de Ana María. Ella la recibió, miró al sol, me llamó (don Natali) y me dijo: *Vete a casa de su esposo y le dices que su esposa está aquí. Te prevengo que te vendrá al encuentro con un cuchillo en la mano. No temas y con aire autoritario de sacerdote dale un severo aviso. A las primeras palabras, caerá el cuchillo de sus manos y se echará llorando de rodillas y se convertirá en un humilde cordero*. Y así sucedió. Después lo invitaron a casa de la sierva de Dios a los dos y se reunieron en paz <sup>31</sup>.

En otra ocasión, vino una persona a consultarle, porque decía que su padre había dejado una bolsa llena de denarios y la había consignado a una tercera persona para que se la diera a su hijo primogénito o quizás la había ocultado y pedía que, si estaba oculto el dinero le dijera dónde. Mirando al sol, ella le respondió que la suma no era tan grande como él creía y que, antes de enfermarse, algunos de sus familiares se la robaron y se la repartieron, por lo cual que no pensase más en ello, porque era inútil cualquier búsqueda <sup>32</sup>.

Alguno venía a pedirle ayuda para curarse de tal o cual enfermedad. Ella normalmente los enviaba al médico. Si el médico no acertaba, entonces les decía: *Prueba con tal remedio*; y así se curaban. Los podía curar haciéndoles la señal de

---

<sup>29</sup> Natali, p. 148.

<sup>30</sup> Ib. p. 151.

<sup>31</sup> Ib. p. 154.

<sup>32</sup> Natali, p. 333.

la cruz con la mano, pero, si había remedios naturales, prefería que se atuvieran a ellos <sup>33</sup>.

Apenas elegido Papa León XII se enfermó y todos estaban preocupados de que pudiera morir. Monseñor Strambi mandó aviso a la sierva de Dios para que rezase por el Papa. Ella miró al sol y sonriendo respondió: No se va, debe fatigarse mucho por la Iglesia y digan a Monseñor Strambi que él sí se prepare para la muerte <sup>34</sup>. Cuando hicieron cardenal a Mons. Marazzani, al pasar con un gran cortejo para ir a San Pedro según se acostumbraba, ella, mirando al sol, dijo: Hoy viene con gran pompa, dentro de un mes irá a la tumba <sup>35</sup>.

Otra vez vinieron a verla unos investigadores, que deseaban descubrir en el lago Nemi objetos preciosos de la antigüedad, que se suponía había en el fondo del lago. Ella les dijo que no había nada importante, pero ellos siguieron con su idea y perdieron el tiempo <sup>36</sup>.

Un cardenal importante de Roma decidió un día hacer un paseo por cierto lugar de Roma. Ana María vio en el sol la trampa que algunos sectarios le habían preparado y, de inmediato, mandó al padre Natali que fuera a advertirle al cardenal del peligro para no ir a ese lugar de paseo y, por eso, tomó otra ruta. Esto le sorprendió mucho al cardenal, pues a nadie había dicho que iba a ir de paseo a tal lugar.

Jesús le habló a Ana María, diciéndole que, si ella se ofrecía por la paz de Roma y de la Iglesia para satisfacer la justicia divina, él libraría Roma de todos los sufrimientos que padecía. Ella se ofreció y, durante su vida, Roma estuvo libre de otras revoluciones o planes siniestros de sus enemigos. El Señor le hizo ver en su sol divino los planes de las sectas masónicas y de los carbonarios contra la Iglesia y contra el pueblo, y ella con sus oraciones y dolores conseguía que los complots fueran abortados <sup>37</sup>.

Pocos días antes de morir, me aseguró que a su muerte como ya lo había anunciado en otras ocasiones, vendría el cólera sobre Roma y que había visto en el sol misterioso algunos remedios para superarlo. Le di la receta de la sierva de Dios a Monseñor Basilici, obispo de Sutri e Nepi, que la hizo examinar por un médico y la encontró muy conveniente y que después había sido usada con mucho éxito <sup>38</sup>.

---

<sup>33</sup> Ibidem.

<sup>34</sup> Natali, p. 319.

<sup>35</sup> Ibidem.

<sup>36</sup> Natali, p. 335.

<sup>37</sup> Salotti, pp. 176-186

<sup>38</sup> Natali, p. 174.

Después de la muerte de Monseñor Strambi, ella lo vio en el cielo. También vio a fray Félix de Montefiascone, un religioso capuchino, ir directamente al cielo y ocupar un brillante puesto entre los serafines. Otro humilde franciscano, fray Octavio, también fue directo al cielo.

## CURACIONES

Su esposo Domenico y su hija Sofía y su nieta Josefina Micali obtuvieron sucesivamente una total y pronta salud. En los últimos años de su vida estaba un día Domenico en la iglesia de San Marcelo cuando de repente se cayó por un ataque de apoplejía. No podía hablar y lo llevaron de inmediato a la casa, pero apenas Ana María puso su mano en su frente, haciéndole la señal de la cruz e invocando a santa Filomena, el enfermo abrió los ojos y recuperó el uso de la palabra, quedando inmediatamente curado. Nunca más le regresó ese mal y murió a los 92 años. Él mismo dio testimonio de esta curación en el Proceso de canonización.

Por su parte Sofía contó cómo fue curada de una enfermedad grave que la atormentaba. Un día, nos dice, me comenzó una fuerte fiebre y los médicos aconsejaron que me dieran los últimos sacramentos. De hecho, pude confesarme en un momento de lucidez. Yo no me acuerdo. Mi madre me hizo la señal de la cruz con la reliquia que siempre llevaba consigo y me dijo que no tuviera miedo que sanaría y sería una buena madre de familia. Por otra parte la nieta de Ana María, Josefina Micali, pudo conservar un ojo gracias a su intervención. Ella tenía 14 años cuando un día jugando con su tía María, que tenía en la mano un cuchillo largo y afilado, en un brusco movimiento le hirió un ojo. Ana María, que estaba en cama enferma al oír los gritos de su nieta la llamó, le tocó el ojo herido invocando el nombre de santa Filomena y le aseguró que no era nada. Los médicos que la vieron notificaron la gravedad del caso y no sabían qué remedio darle. Otros probaron algún tratamiento sin efecto positivo. Ana María seguía diciendo que no era nada. Y todos los días le hacía la señal de la cruz en el ojo. Así se curó totalmente ante la sorpresa del médico Sartori, que la había atendido y que dijo que solo podía haber sido un milagro.

Otro día Ana María estaba haciendo la visita a las siete iglesias y llovía mucho, lo que le hizo refugiarse en una casa desconocida. Allí le presentaron una mujer moribunda, a quien acababan de darle la unción de los enfermos. Movida de compasión, se acercó a la enferma, apoyó su mano en su frente, le hizo la señal de la cruz en nombre de la Santísima Trinidad y les dijo a los presentes: *No teman, no es nada*. Y ciertamente quedó curada plenamente.



Monseñor Barberini, más tarde cardenal, estaba enfermo desde hacía un tiempo. Su estado se agravó hasta el punto de desconfiar de su restablecimiento. Ana María rezó intensamente a su divino esposo y obtuvo la revocación del decreto que Dios tenía de llevárselo consigo al otro mundo. El Señor le aclaró que la curación se la atribuirían a los médicos o a otras causas y no a sus oraciones. Pero ella contestó que eso no le importaba y que estaba feliz de su curación <sup>39</sup>.

Muchas veces, cuando rezaba por un enfermo, con una simple mirada, no solo veía la enfermedad, sino también el remedio adecuado.

Cuando Italia era atacada por el cólera, obtuvo de Dios que Roma no fuese atacada mientras ella viviera. Y así fue, pero apenas murió, el cólera estalló ese mismo día en Roma, comenzando por un cochero de Su Santidad <sup>40</sup>. Tuvo el don de sanación haciendo la señal de la cruz con la mano. Yo he sido testigo de ello en muchas ocasiones y lo he experimentado en mí mismo. Una vez me encontraba presente cuando fue llamada a visitar a una joven mujer enferma. Le hizo la señal de la cruz sobre la garganta y la enferma se curó de su mal <sup>41</sup>. Muchas veces, cuando yo estaba enfermo por catarros, mal de estómago, dolor de cabeza y otros, bastaba que recurriese a ella. Me hacía la señal de la cruz y me curaba <sup>42</sup>.

Con frecuencia con remedios de hierbas me ha curado de inveterados problemas de salud; y su confesor y el cardenal Pedicini recurrían a ella para curarse de sus males. Me acuerdo que en su última enfermedad antes de morir, tuve reuma de pecho muy fuerte y apenas podía respirar. Su familia estaba preocupada por mi salud. Al entrar en su habitación, ya gravemente enferma, sonriendo me hizo la señal de la cruz en mi pecho y me dijo que estuviese quieto por media hora y fuese a descansar. Pasada la media hora me levanté y eché un espumarajo verde y me sentí totalmente bien <sup>43</sup>.

Su hija Sofía refiere: *Un día me vino un dolor espasmódico al bazo y no podía respirar. El médico era del parecer de ponerme sanguijuelas y hacerme una sangría, pero eso, sabía por experiencia, que me perjudicaba. Recurrí a mi mamá que me signó con la señal de la cruz en nombre de la S. Trinidad y el dolor desapareció de inmediato y me sentí totalmente sana* <sup>44</sup>.

---

<sup>39</sup> Salotti, p. 253.

<sup>40</sup> Natali, p. 128.

<sup>41</sup> Natali, p. 130.

<sup>42</sup> Ibidem.

<sup>43</sup> Natali, p. 131.

<sup>44</sup> Natali, p. 133.

Su hija María nos dice: Recuerdo que mi cuñado Paolo Micali tenía un amigo que tenía el mal de la solitaria y todos los remedios habían resultado inútiles, lo mismo que las consultas a médicos. Mamá preparó cierta cosa, y después de tres días o cuatro se la hizo tomar al interesado, y se curó y nunca más le volvió ese mal. A la abuela muchas veces curó de su mal de estómago. A veces para evitar que le atribuyeran las curaciones hacía la señal de la cruz con una estampa de Jesús Nazareno o de la Virgen Dolorosa.

## **ASÍ ERA ELLA**

Ana María sufría continuamente dolores de cabeza, especialmente los viernes. La vista la tenía débil y no podía soportar la luz normal, teniendo un ojo casi totalmente perdido. Tenía dolores agudos en los oídos por lo que tenía siempre la cabeza fajada. También sufría de dolor de dientes y no podía tomar cosas frías o calientes. Sufría de mal de garganta y dolores reumáticos. Su olfato estaba afectado por el hedor que sentía continuamente ante la cercanía de personas en pecado. Sufría de asma de pecho y de la enfermedad de la gota y tenía una hernia umbilical. En una palabra, era un crucifijo viviente. Y además de todo eso sufría las insidias de los demonios que querían vencerla con sus tentaciones y con sus presentaciones horribles en la noche con rumores y golpes y amenazas, sobre todo cuando rezaba por la conversión de algún pecador.

Un día en la iglesia de San Carlos se encontró con Elisabetta Canori, que iba allí también a rezar por el alma de su esposo difunto, el médico Tomás Canori, y de ahí nació una gran amistad entre las dos que eran también terciarias trinitarias y que están enterradas juntas en la iglesia de San Crisógono de Roma.

Sus santos predilectos fueron, además de la S. Trinidad, de su esposo celeste Jesús y de la Virgen María, san José, san Pedro y san Pablo, san Felipe Neri, san Francisco de Asís, san Francisco de Paula, san Onofrio, santa Francisca Romana, santa Jacinta Marescotti, santa Filomena, san Rafael, S. Gabriel y S. Miguel arcángeles, los ángeles custodios y las almas del purgatorio. En todas las cartas que mandaba escribir (no sabía escribir) comenzaba: Sea alabada la S. Trinidad.

En su casa tenía un altar y delante de la imagen de la Virgen de la Piedad, ardía siempre una lamparita como señal de su amor a la Virgen. Usaba mucho el agua bendita, poderosa contra el poder del maligno, y se hacía con ella la señal de la cruz siempre que salía de casa.

Se confesaba cada ocho días, iba a misa y a comulgar todos los días. Visitaba las iglesias con Exposición del S. Sacramento. Hacía visitas a siete iglesias normalmente descalza.

En los últimos años de su vida, cuando ya no podía salir de casa, consiguió del Papa Gregorio XVI tener un oratorio privado en su casa donde Monseñor Natali celebraba todos los días la misa para ella y familia.

Visitaba el hospital de Santiago, que era destinado para los enfermos contagiosos y malolientes. Ella acariciaba a las mujeres y a todos llevaba algún dulce o algo para aliviarlos corporalmente y les daba ánimo para ofrecer sus dolencias de Jesús.

Algo digno de anotar es que recibió en su casa para vivir con la familia a don Raffaele Natali, secretario del cardenal Barbecini, que fue su confidente y escribano para escribir todas sus experiencias místicas. Él vivió en su casa durante 20 años hasta que ella murió y, después de su muerte, con un rescripto del cardenal Odescalchi, se dedicó a recoger noticias y datos sobre la vida de Ana María y así se pudieron salvar los testimonios de muchas personas para el Proceso de canonización. La declaración de don Natali en el Proceso fue muy importante.

Dice don Natali: *Recuerdo que en ocasiones venían a su casa perros y gatos hambrientos o enfermos y ella los acariciaba y después les daba de comer. Cuando iba en carroza por las calles de Roma le aconsejaba al cochero que fuera despacio para no atropellar a alguna persona o animal.*

Y anota don Natali: *Desde los primeros tiempos en que fui a vivir a su casa,, veinte años antes de su muerte, me había anunciado que a su muerte estaría abandonada de todos, pero que yo me encontraría solo con ella en el momento supremo de su muerte.*

Y añade: *Distinguía por el olfato las personas en pecado de las que tenían el corazón bueno. Recuerdo que muchas veces, yendo con ella, al atravesar las calles de Roma, se tapaba la nariz con un pañuelo por el gran hedor que decía sentir, mientras yo no sentía nada* <sup>45</sup>.

Como su esposo muchas noches llegaba a casa al amanecer por su trabajo, ella se pasaba muchas noches o haciendo labores para ganar algo más o también sufriendo por los demonios, que se le presentaban en formas horribles y, con

---

<sup>45</sup> Natali, p. 134.

amenazas, la agarraban de la garganta o la golpeaban Y todo lo sufría por la conversión de los pecadores.

Cuando oía a alguien blasfemar, se sentía muy triste y empezaba a decir jaculatorias con energía para alabar y bendecir el nombre de Dios. Esto sucedía varias veces cuando iba por las calles, porque delante de ella nadie se atrevía a blasfemar, sabiendo que era una sierva de Dios.

Fue muy estimada por el Papa León XII, quien sabiendo una vez que estaba enferma de una pierna, le envió a su médico particular para que la curase.

## SU MUERTE

El 24 de octubre de 1836 se enfermó gravemente y desde ese día no se levantó de la cama. Todos los días algún sacerdote celebraba misa en la capilla de su casa y así podía comulgar diariamente. El médico la tranquilizaba diciéndole que no corría peligro de muerte, pero ella sabía que había llegado su hora y se preparaba para el gran viaje. Un lunes comenzó a delirar. Tenía mucha fiebre y llamó a un sacerdote para decirle el momento en que iba a morir. Ella estaba feliz con el anuncio. Convocó a su cabecera a su esposo para agradecerle por sus atenciones, recomendando a toda su familia que guardaran la ley de Dios y conservaran la devoción a la Virgen María y rezaran el rosario cada día. Puso a todos bajo la protección de santa Filomena, de la que era muy devota, y a quien había nombrado protectora de la familia y, desde ese momento, se dedicó solamente a prepararse para ir al cielo. Pidió la unción de los enfermos, que le administró un religioso trinitario, y entró en agonía durante la cual no perdió el conocimiento. Tenía muchos dolores, pero estaba con la sonrisa en los labios y decía: *Son penas mortales*. El Señor la tuvo en la cruz las tres últimas horas.

Su comida se había quedado reducida a unas cucharadas de sémola y una pequeñísima porción de pescado y, a veces, un huevo o medio bizcocho. Habló con su hija Sofía, la viuda, y le encargó ser ama de casa y le entregó el poco dinero que tenía.

Su único consuelo era la comunión, que recibía cada mañana durante la misa que se celebraba en su oratorio privado. Hay que anotar que en los últimos años sufrió mucho de asma, artritis, de sudores malignos, de convulsiones constantes y otros males. Le ordenaron tomar algunos calmantes un poco antes de medianoche, pues en ese tiempo para comulgar era preciso no comer nada desde las doce de la noche del día anterior. El cardenal Pedicini, que la conocía bien y la visitaba frecuentemente, obtuvo del Papa Gregorio XVI que tuviera

permiso para tomar remedios después de la medianoche para poder comulgar al día siguiente.

Según declaró su empleada Anunciata, ella estaba rodeada de rosarios e imágenes sagradas y tenía un paquete con imágenes o estampas de los santos protectores de su especial devoción. Cuando se sintió peor, ella misma pidió la unción de los enfermos. Ella pidió la bendición de la Orden trinitaria, que le fue dada por el padre Juan de la Visitación, que había sido un tiempo su confesor. También recibió la bendición de la Virgen del Carmen por el padre Felipe, carmelita descalzo, que era en ese momento su confesor y de manos de un dominico la bendición del rosario. En su última noche los religiosos de San Camilo que la velaban, se retiraron pensando que todavía no había llegado la hora. Su confesor, el padre Felipe, no estuvo en el momento final. El vicario de la parroquia don Luigi Antonini, se había ido a una habitación vecina para descansar y rezar el breviario. El padre Natali, que vivía en la casa, estaba en cama por estar muy cansado. Las dos empleadas, que debían cuidarla, se pusieron a charlar fuera de la habitación.

En los momentos finales, don Natali, sintió, a las cuatro de la madrugada, un fuerte sentimiento de levantarse y correr a verla. Así pudo él solo estar presente en esos momentos de su muerte. Prácticamente estaba ella sola abandonada de todos, como ya le había anunciado hacía mucho tiempo Jesús. Era el viernes 9 de junio de 1837. Murió a los 68 años y 10 días.

Su cuerpo quedó expuesto en la casa durante los dos días siguientes. Don Natali aprovechó para que le hicieran una máscara de cera del rostro. Después, el sábado en la tarde fue llevada a la iglesia parroquial de Santa María donde estuvo todo el día domingo. Ese mismo domingo por la tarde fue encerrada en dos ataúdes, uno de madera y el otro de plomo y fue llevado su cuerpo al cementerio del Campo de Verano. Iba vestida con la ropa ordinaria con un crucifijo de cuero y tenía a su lado un tubo de hierro blanco con un resumen de su vida escrito por don Natali.

Para los gastos, el cardenal Pedicini envió a la familia 50 escudos. Algunos años después, el cardenal Vicario de Roma Constantino Patrizi, hizo exhumar el cadáver para su reconocimiento en vistas a su proceso de canonización y lo llevaron a la iglesia Nuestra Señora de la Paz de Roma. Era el 11 de junio de 1855. Su cuerpo estaba en estado de conservación casi completo. Diez años más tarde fue reconocido su cuerpo formalmente y se decidió llevar sus restos de la iglesia Nuestra Señora de la Paz a la basílica de San Crisógono de los padres trinitarios de Roma. Y allí se encuentran los restos de la beata Ana María Taigi y de otra ilustre terciaria trinitaria Elisabetta Canori Mora

Ana María Taigi fue beatificada por el Papa Benedicto XV el 30 de mayo de 1920.

## **MILAGROS PARA SU BEATIFICACIÓN**

María del Pinto, desde que tenía 13 años, estuvo a punto de morir por una metritis y endometritis crónica que la obligaban a estar permanentemente en cama en la misma posición. Después de un triduo le aplicaron una imagen de Ana María Taigi con un pedacito de tela de la camisa que había usado y se curó al momento de modo completo y permanente.

Melania Sevin, educanda de las Asuncionistas de Sainte Foy en Francia, por una caída tenía una distorsión de un pie, combinado con la variedad de pie equino. Al nivel de la articulación del pie con la pierna, tenía una protuberancia ósea voluminosa, que parecía resultar de una luxación incompleta del astrágalo. Pasaron por las partes enfermas una imagen de Ana María con un pedacito de ropa que había usado y el pie se restableció y los nervios volvieron a su puesto y quedó totalmente curada.

## CONCLUSIÓN

Después de haber leído este libro sobre la vida de Ana María Taigi, podemos alabar a Dios que hizo maravillas en su vida, que fue ciertamente una joya del amor de Dios. Como hemos visto, su vida no fue fácil. Tuvo que atender a sus hijos y nietos como buena madre. Tuvo que superar muchas infamias de vecinos y hasta eclesiásticos, que no la comprendían. También tuvo siempre quienes la comprendieron y la ayudaron en todo, incluso económicamente en tantos momentos de apuros en los que el escaso sueldo de su esposo no alcanzaba. Ella se preocupaba de todos y de todo y el Señor la bendecía y nunca le llegó a faltar, aun en sus estrecheces, un pan para sus hijos. Confiaba en Dios como un hijo en su padre querido.

Como conclusión de esta maravillosa vida, diré que Dios no se deja ganar en generosidad y que vale la pena entregarse totalmente a su servicio, porque Dios paga bien. Dios nos da, no el ciento por uno, sino mucho más en bienes espirituales que valen para la eternidad. No olvidemos que la vida es muy corta y que, sin darnos cuenta, nos hacemos viejos. Además, tarde o temprano, nos tenemos que enfrentar al más allá, donde Dios nos pedirá cuenta de nuestra vida. Es importante por tanto, no vivir solo pensando en este mundo. Hay que vivir para la eternidad que nos espera, porque nos estamos jugando una eternidad, feliz o infeliz, o más o menos feliz o infeliz en el cielo o en el infierno. No todos seremos igualmente felices en el cielo ni todos serán igualmente infelices en el infierno. En el purgatorio podemos estar muchos años y por ello también es importante que recemos mucho por los difuntos para que cuanto antes puedan estar felices en el cielo eternamente, en la medida de su capacidad de amar, adquirida en este mundo.

En resumen: Nuestro cielo será tan grande como la medida de nuestro amor. Vivamos para Dios, vivamos para la eternidad y tratemos de ser santos y no contentarnos con seguir tirando o llevar una vida mediocre, que no nos satisface a nosotros ni a los demás. Que Dios te bendiga, hermano lector, y recuerda que María es tu madre y tienes un ángel que siempre te acompaña para ayudarte.

Tu hermano y amigo para siempre.  
P. Ángel Peña O.A.R.  
Agustino recoleto

&&&&&&&&&&&&&&&  
Pueden leer todos los libros del autor en  
[www.libroscatolicos.org](http://www.libroscatolicos.org)  
**BIBLIOGRAFÍA**

- Luquet, *Notizie sulla vita e sulle virtù dell'umile serva di Dio Anna María Taigi*, Roma, 1851.
- P. Callisto della provvidenza, *Vita della venerabile Anna María Taigi*, Roma, 1873.
- Silvestro dell'Addolorata, *La beata Anna María Taigi, madre di familia e terziaria dell'Ordine della SS. Trinità*, Roma, 1920.
- Barbetti Telemaco, *Breve compendio della vita della beata Anna María Taigi*, Roma, 1920.
- Salotti Carlo, *La bienheureuse Anna Maria Taigi*. Ed. Bernard Valiquette, Montreal, 1942.
- Lorit Sergio, *Taigi, la santa con sette figli*, Roma, 1963.
- Antignani Gerardo, *Anna Maria Taigi*, Siena, 1975.
- Antignani Gerardo, *Uomini e casi nel diario di Anna María Taigi*, Roma, 1998.
- Urrutia José Luis de, *Beata Ana María Taigi, patrona de las madres de familia*, Madrid, 1999.
- Varios, *Le misericordie di Dio, Beata Anna María Giannetti Taigi*, 2005, Contiene las declaraciones del Proceso de canonización de Raffaele Natali, Filippo Luigi di San Nicola, del cardenal Carlo María Pedicini y del P. Giovanni della Visitazione.
- Mancinelli Sandro, *Vita e profezie della beata Anna María Taigi*, Ed. Segno, 2016.
- Gabriel Bouffier, *La venerable Anna María Taigi*, París, 1865.

&&&&&&&&&&&&&&&